

UNA BODA EN LA MONTAÑA EUSKARA



CUADRO DE COSTUMBRES

Al declinar una calurosa tarde del mes de Julio con una atmósfera sofocante predecesora de esos días lluviosos y tristes pero siempre poéticos en su melancolía, subíamos trabajosamente la pendiente que de Zaldivia conducía á la casería donde parábamos.

Majestuoso el Aralar se destacaba entre las nubes y visto de aquella parte parecía terminar en aguda punta que cual atrevida torre significara atalaya del noble solar bascongado.

Llegados á la casería encontramos inusitada animación en la cocha. No habrá euskaro que no conozca éstas.

Las paredes ennegrecidas por el humo, unos banquillos ó escaños venerados siempre porque allí donde hoy se sienta el Echeke-Jaun se sentó su padre y antes su abuelo, un par de leños ayudados por una porción de ramas secas formando una hoguera ante la cual se piensa sin saber cómo ni en qué y un caldero suspendido en el que cuece la leche que momentos antes diera la vaca.

Aquella noche los jóvenes se mostraban muy afanosos en los trabajos domésticos.

Había que adelantar trabajo. La risa más franca interrumpía sus conversaciones, algo se tramaba, era que al día siguiente se casaba Mari-Cruz la de la casería Maiz-Aundi.

Poco después de cenar el silencio más completo reinaba en la casería; solo se sentía removerse sobre el palo que la sirviera de asiento alguna inquieta gallina y en este silencio el sueño cerró nuestros ojos.

La mañana siguiente era una de esas cubiertas y tristes, lloviznaba.

Apenas divisábamos el Aralar no obstante estar muy próximo y nuestra vista no distinguía más allá de los frondosos bosques de San Miguel.

Ahora como la noche anterior reinaba en la casa silencio solo interrumpido por el piar de los pollitos que afanosos buscaban alimento tras de su madre en los montones de estiércol cercanos al horno de la casa y el Echekeo-Jaun que silbando un baile muy conocido picaba su guadaña para cortar la hierba para el ganado. Era ya viejo, para él no estaban las fiestas y sobre todo fuerza era quedara en casa; un día de expansión para los jóvenes.

Allá á lo lejos divisamos gente entre la niebla. Era que el matrimonio había sido bendito y volvía casi en procesión. No bien nos vieron á la ventana no faltaron gritos de alegría ni sinceras felicitaciones, todo ello acompañado de salvas.

Nos reunimos con ellos. Eran jóvenes de todas las caserías cercanas que á la manera de batidores acompañaban dos carros que con bueyes adornados de laureles conducían el mobiliario, parte de la dote de uno de los ya esposos.

La sencillez á la vez que lo nuevo para mí de aquel espectáculo me cautivaron.

Engalanados todos con sus mejores prendas, animosos y galantes ellos disparando salvas y obsequiando á las jóvenes que iban en la comitiva, riendo ellas á carcajada suelta con sus pañuelos de seda prendidos al cuello y con sus zapatos nuevos, los bueyes con su paso tardo y los carros con sus ruedas de madera; toda esta confusión, todo aquel ruido tan en armonía con el paisaje que parecía querer acompañar á la fiesta. Así llegamos á Maiz-Aundi.

Allí esperaban los viejos, íntimos de la casa, pastores verdaderos, patriarcas, verdaderos filósofos con sus venerables canas, apoyados en sus nudosos bastones y con su eterna pipa en la boca. En la cacería se había habilitado para comedor un espacioso desván y en él tres largas mesas, pues pasaban de setenta los invitados.

En una de las mesas los hombres por riguroso orden de edades; en otra las mujeres y los niños en otra. Inexorable esta ley, solo exceptuaba á los novios,

Se comió mucho, se habló más y no se rió menos; hubo bromas, puyas decentes á los novios, narraciones patriarcales por parte de los viejos y tras haberse saboreado el café se impuso instantáneo silencio,

Era el más anciano de aquellos venerables patriarcas que levantándose, y á imitación todos, se descubrió y en medio del más absoluto silencio recitó unas oraciones que fueron por todos respondidas. Acto seguido la nueva esposa hizo á los íntimos un ligero presente recibiendo á su vez algunos regalitos.

Por encanto ó arte de los dueños de la casería lo que era antes comedor pasó á ser sala de baile y con un acordeón y una flauta por toda instrumentación gozó aquella gente lo que no es para dicho. El baile bascongado, decente entre lo más decente, verdadero ejercicio gimnástico y que no dá lugar á lo que otros llamados de salón ejerció allí de poderoso digestivo. Rajamos poco después á la cuadra ó *ukullu* donde se procedió á una especie de inventario. A la vista de ellas y ellos una mujer matrona bascongada procedió á la enumeración en voz y detenida exposición de las prendas que constituían el ajuar de los novios. Terminada la exposición, vuelta al baile, de aquí á la cena y otra vez al baile y ya de madrugada, después de dados los parabienes á los novios, dispersión total no sin antes proveerse todos de haces de paja retorcida para alumbrar el camino.

Emprendido aquél por el estrecho sendero que conducía á nuestra casería se oyen despedidas, gritos de gozo cada vez más lejanos, después el silencio de nuestra apartada casería.

Al día siguiente todo como de ordinario, la actividad del euskaro no se resiente de un día de diversión. A las mismas horas las mismas ocupaciones, nada de viajes de *noce* los novios, allí donde ayer trabajaba uno trabajan hoy dos, donde se oía al pasar cariñoso el *ariyo* de uno se oye el mismo saludo pero en dulce dúo, en el dúo de la felicidad.

ECEQUIEL DE AIZPÚRUA.

